

7º Capítulo del Abad General para el CFM – 31.08.2012

Terminaba el Capítulo de ayer diciendo que me parece que en todas partes la tentación más grande para los monjes y las monjas es la tentación contra la humildad, es decir, la tentación del orgullo y del poder, que es la tentación y la naturaleza del pecado original.

Y por esto, creo que san Benito pide al cillerero y a todos el cultivar el temor de Dios, para contrarrestar esta tentación que envenena todo lo que hacemos y, sobre todo, las relaciones comunitarias.

En el ámbito del trabajo, de las responsabilidades, de las obras que llevamos a cabo, es importante entender que el temor de Dios contrarresta el orgullo y la sed del poder si lo vivimos como preferencia de la obra de Dios a la nuestra. Es decir, no basta combatir el orgullo oponiéndole un sentimiento de humildad. La humildad consiste, en cambio, en dejar prevalecer la obra de Dios sobre la nuestra. La humildad es la preferencia de la obra de Dios a la nuestra. El orgullo de la construcción de la torre de Babel se vence con el preferir la construcción del Templo de Dios que es la Iglesia, una construcción en la que el obrero principal es Dios mismo, el Espíritu Santo, y nosotros solamente podemos ser cooperadores e instrumentos. La humildad es aceptar en lo concreto de nuestra vida lo que nos dice Jesús: “Sin mí no podéis hacer nada” (Juan 15,5).

Notemos que esta humildad es la humildad de Cristo mismo que no ha querido jamás llevar a cabo otra cosa sino la obra del Padre: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra” (Jn 4,34). Y al final de su vida terrena, Jesús dirá al Padre en la oración sacerdotal de la última Cena: “Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar.” (Jn 17,4)

Jesús es el primero en “glorificar al Señor que obra en Él” (cfr. RB Pról. 30). Pero estas palabras de Jesús subrayan un aspecto esencial del temor de Dios y de la humildad de la que el capítulo sobre el cillerero es un ejemplo óptimo: la obediencia. En varias ocasiones san Benito pide al ecónomo una dócil y precisa obediencia al abad: “No hará nada sin orden del abad. Cumpla lo que se le manda” (RB 31,4-5); “Haga todo con medida, según la orden del abad” (v. 12); “Tomará bajo su responsabilidad todo aquello que el abad le confíe, pero no se permita entrometerse en lo que le haya prohibido” (v. 15).

Debemos entender esta obediencia en el ámbito del temor del Señor que nos hace engrandecer a Dios que obra en nosotros. El modo más seguro de hacer la obra de Dios es la humilde obediencia, la obediencia de Cristo al Padre. El fruto es que el Padre es glorificado en todo lo que hacemos, como lo ha glorificado, engrandecido, Jesús mismo: “Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar.” (Jn 17,4)

Así, todo el trabajo del cillerero, el ocuparse de todo, de tantas cosas concretas y prácticas, y de las necesidades materiales y corporales de los hermanos, se convierte en esta “tierra” a la que Cristo ha venido haciéndose hombre y que espera llegar a ser el lugar de la glorificación del Padre, la morada de su gloria, como el Cielo. Para esto es necesario el temor de Dios, el sentido de la presencia de Dios que hay que adorar,

también en las ocupaciones prácticas y materiales del monasterio, porque en Cristo cada aspecto de la realidad humana y terrena se convierte en morada de la gloria de Dios, se convierte en Templo de su Presencia, se convierte en “altar”, como sugiere san Benito al cillerero (RB 31, 10).

San Benito es consciente de que la obediencia no nos da solamente el actuar como Dios quiere, sino que permite a la obra de Dios realizarse en nosotros y a través de nosotros. La humilde obediencia de quien teme a Dios, es decir, de quien lo reconoce presente y lo ama, permite a Dios obrar en nuestra vida, actuar en lo que hacemos y manifestar así su gloria sobre la tierra, es decir, manifestarse a sí mismo, su Presencia, su Amor.

Jesús ha vivido en la tierra continuamente en humilde obediencia al Padre, consciente de que esta obediencia permite al Padre manifestarse al mundo, manifestar su gloria. También la Cruz ha manifestado la obra y la gloria de Dios, porque en ella Jesús ha expresado y cumplido totalmente en la tierra su humilde obediencia al Padre. Así, también a través de la Muerte, Dios ha podido obrar y actuar, y la acción de Dios, a través de la muerte obediente del Hijo, es la Resurrección, la gloria de la Resurrección.

Otra ocupación a asumir en el monasterio, para la que san Benito pide un monje “temeroso de Dios”, es el oficio de enfermero: “Se destinará un lugar especial para los hermanos enfermos, y un enfermero temeroso de Dios, diligente y solícito.” (RB 36,7). En el oficio de cillerero ya se ve que para san Benito lo importante, más que las cosas materiales, es siempre la relación fraterna, la caridad. Por ejemplo, pide al cillerero “cuando no tenga lo que le piden, dé, al menos, una buena palabra por respuesta” (31,13). Es decir, pide que su preocupación sea en todo no solo gestionar bien las cosas, sino, sobre todo, favorecer el crecimiento de la comunión, de la caridad fraterna. En el oficio de enfermero este aspecto es aún más importante, porque el enfermero tiene que actuar en un ámbito de relación que se hace más sensible por la enfermedad, por el dolor, por la necesidad de quien se encuentra mal.

San Benito pide hacia los enfermos un respeto y una atención extrema. Pide un cuidado prioritario, una preferencia absoluta de atención: “Ante todo y por encima de todo lo demás, ha de cuidarse de los enfermos – *Infirmorum cura ante omnia et super omnia adhibenda est*” (RB 36,1). La razón, más que la natural compasión, es la fe en la presencia de Cristo en ellos: “se les sirva como a Cristo en persona – *sicut revera Christo, ita eis serviatur*”. Y el fundamento de esta fe es la revelación, la Palabra de Dios, el Evangelio: “porque él mismo dijo: «Estuve enfermo, y me visitasteis (Mt 25,36)»; y: «lo que hicisteis a uno de estos pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40)” (RB 36,2-3).

Entendemos que en este caso el temor de Dios del enfermero se fundamenta, ante todo, en un acto de fe, una mirada de fe que mira la realidad, las personas, a la luz de Cristo, reconociendo a Cristo, poniéndose en relación con Cristo. Reconocer a Cristo en el hermano o en la hermana que tiene necesidad es la condición y el alimento de la verdadera caridad.

Profundizaremos mañana en este capítulo.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist